

## El TLC y la identidad nacional

Leopoldo Zea\*

Sería bueno, en relación con la actual experiencia europea, replantearse el problema sobre el que se viene discutiendo en estos últimos días en México: ¿afectará el Tratado de Libre Comercio (TLC) la identidad del mexicano? Claro que para dar adecuada respuesta a este interrogante habrá que preguntarse ¿cuál es esa identidad puesta en peligro?, esto es, ¿quién es o qué es el mexicano?, una interrogación que se vienen haciendo los mexicanos y muchos pueblos de esta nuestra América desde el mismo inicio de su entrada a la historia universal. Ésta fue preocupación central que en México originó la Revolución iniciada en 1910, la Revolución Mexicana.

Samuel Ramos planteó el problema en su libro *El Perfil del hombre y la cultura en México*, preocupación que encontró su apoyo filosófico en Ortega y Gasset, quien el transtierro español integró plenamente a México por la acción magistral de su destacado discípulo José Gaos. A partir de esta doble vertiente se inician en 1948 las actividades de un grupo de jóvenes filósofos mexicanos, el *Grupo Filosófico Hiperión*, que siguiendo a sus mayores se plantea el problema de la identidad del mexicano. Primero se pregunta ¿qué es el mexicano?, después habló de *El mexicano y su cultura*, preocupación que encuentra de inmediato fuertes críticas: ¿cuál mexicano?, ¿el de la meseta, el de los litorales, el desierto, la selva?, ¿el indio, el criollo, el mestizo?, ¿cómo se puede hablar globalmente del mexicano?, no se puede hablar de su identidad, porque ello no existe; el mexicano es múltiple, diverso. La identidad del mexicano es como la identidad del Mirlo Blanco, un pájaro que no existe; crítica hecha en especial por seguidores del marxismo en México. Como falsas elucubraciones quedaban así las de Ramos, Gaos, el Hiperión, Octavio Paz y otros muchos en esos días.

Ahora, muchos de los gritos de alarma contra los peligros que corre la identidad del mexicano vienen de varios de los críti-

---

\* Coordinador del Programa Universitario de Difusión de Estudios Latinoamericanos y Profesor-Investigador Emérito de la UNAM.

cos que comparaban esta identidad con un Mirlo Blanco. ¿Cómo puede entonces el TLC, la Modernidad, afectar algo cuya existencia, antes de ahora, era discutida?, ¿a quién va a afectar?, ¿qué es lo que va a afectar? Si, esa hasta ayer discutida identidad del mexicano puede ser afectada por el TLC por su entrada a la Modernidad, habrá entonces que replantear la pregunta, y renovar la respuesta: ¿qué es el mexicano?

Fue múltiple y diversa la literatura que hace más de cuarenta años originó esta interrogante; se habló de varias expresiones de lo que pudiera caracterizar al mexicano, pero sin determinarlo con precisión. Las respuestas fueron tantas como la formación de quienes las hacían: filósofos, sociólogos, economistas, antropólogos, culturólogos, creadores literarios, etc. ¿Qué es el mexicano?, el mexicano es todo eso y mucho más. Por ello al terminar las exposiciones y las múltiples interpretaciones y discusiones que se hicieron, se volvió a repetir la pregunta ¿qué es el mexicano?; la respuesta final fue una perogrullada: "El mexicano es un hombre, y como todos los hombres y por ello con posibilidades e impedimentos; de aquí que será importante conocer las unas y las otras para estimularlas o frenarlas de acuerdo con los problemas que vaya planteando el tiempo". El mexicano es "Un hombre como todos los hombres y por ello abierto a todas las posibilidades de lo humano, más allá del espacio y el tiempo, dependiendo de la propia e irreductible capacidad de creación".

Sí, esto es el mexicano, un hombre como todos los hombres, ¿cómo entonces puede afectarlo el TLC, la Modernidad, algo que le venga del exterior?, lo que puede ser afectado de esa su identidad, la de ser simplemente hombre, es su capacidad para decidir libremente sobre sí mismo, para estimular sus posibilidades y frenar sus impedimentos. La modernidad obviamente afectará hábitos y costumbres, modos de actuar, como afecta a todos los hombres, lo que no debe afectar es la libertad para actuar, elegir de esta o aquella forma, de acuerdo consigo mismo, con lo que considera propio. El cambio no es malo, si el mismo se realiza en función de las propias necesidades y no obligado por intereses ajenos a los mismos. El cambio es malo cuando obedece al puro afán por ser otro de lo que se es, así se intentó muchas veces; como el afán por ser europeos o estadounidenses, como el avergonzarse de la propia y concreta identidad. No se trata de ser como los otros, sino de hacer lo que los otros hacen en beneficio de sí mismos.

Recientemente, en Japón, en donde se está cambiando extraordinariamente, incluyendo hábitos y costumbres, pregunté a un amigo: ¿se están ustedes americanizando mucho? ¿Americanizándonos? No, contestó, seguimos siendo japoneses, pero japoneses modernos. En otras palabras, siguen siendo hombres por su capacidad para elegir la forma de cómo actuar en la realización de su propio y peculiar futuro; así lo han hecho todos los pueblos, así tenemos que hacerlo nosotros los mexicanos. Somos hombres, como todos los hombres, eso es lo central de esta nuestra identidad. Identidad que se niega cuando se limita la capacidad para actuar, elegir y realizar libremente; cuando se actúa sólo en relación con determinado modelo, pensando que sólo de esa forma se deja de ser lo que no quiera ser. Queramos que no la responsabilidad sobre nuestra identidad, sobre nuestro ser hombres, descansa en nuestra propia e ineludible capacidad para actuar en beneficio propio o en beneficio ajeno, por considerar que esto es lo más conveniente. Obviamente, el mundo del futuro afectará hábitos y costumbres, lo que no debe afectar es la capacidad del hombre para elegir libremente su papel en ese mundo. Esto, insisto, es algo de nuestra exclusiva responsabilidad.